

Misterio de amor

(Mt 28, 16-20)

¿Qué significa que un hombre tiene un gran corazón? ¿Acaso la carne puede producir ternura, honestidad, compasión? ¿Qué significa que tenemos que cargar unos con otros? ¿Acaso puede uno sentir verdaderamente el peso que supone la vida para el que no tiene fuerzas para enfrentarse a ella, o puede sustituirle en lo que uno mismo, y nada más que uno mismo, debe hacer? Bastan estos dos ejemplos para apuntar hacia el misterio mismo de la vida, en alguna medida intuitivo por experiencia y por otro lado imposible ni de nombrar adecuadamente ni de vivir totalmente. No es sólo Dios un misterio, lo somos nosotros también, lo es la vida misma. Y quizá es bueno que sea así.

Este domingo celebramos el misterio de Dios hablando de su forma trinitaria. Y nadie sabrá explicar del todo qué decimos, pero intuimos, creemos en lo que afirmamos. Creemos que en Dios no existe esa tensión que existe en nosotros en la que nuestro ser parece necesitar siempre separarse o defenderse, o atacar a los otros para ser él mismo, aunque sepa que los necesita para vivir. Creemos que en Dios su mismo ser está habitado por una comunión en la que el amor se constituye como unidad esencial y se puede ser uno mismo y a la vez ser uno con el otro, y viceversa. No lo entendemos del todo porque no lo sabemos vivir del todo, pero ¿quién no lo desea? ¿Quién no desearía encontrarse con un corazón que le acogiera sin distancia ni separación, sin por eso anularle? ¿Quién no desearía poder entrar en aquellos a los que quiere y sostenerlos interiormente, sin robarles la libertad, cuando les ve sufrir?

Hablamos mucho de amor, pero nunca hemos experimentado el amor total, la unión no excluyente, abierta a lo distinto, exenta de miedo, con una entrega que enriquezca al otro del todo, y alimentada y sostenida por el otro del todo, en pura expansión y vitalidad inagotable, y sin exclusivismos que dejen fuera a nadie. Éste es el amor de Dios que coincide con su misma esencia. Esto es de lo que hablamos cuando decimos que Dios es trinidad. Y este Dios de amor es el que nos abre sus puertas para que siguiendo a Jesús vayamos participando de su ser hasta que Él lo sea todo en todos. Bautizados en este amor trinitario, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu santo, caminamos hacia su vivencia plena que será lo intuitivo, pero sin el velo de nuestro miedo al amor que no nos deja ni ver ni vivir la forma con la que Dios nos concibió.